

## LA IGLESIA Y EL MOVIMIENTO DE CURAS HORA DE DEL PRUEBA TERCER MUNDO

La semana pasada, la Iglesia argentina iniciaba su más ruda hora de prueba desde 1945, cuando una razón política —la actitud a seguir con el peronismo— dividió a sacerdotes y laicos. Ahora, los motivos de la crisis son más hondos y esenciales: se discute, en suma, la propia misión de la Iglesia. Es un debate que tiene, al menos, cinco años de edad; un hecho inesperado —el asesinato de Pedro Eugenio Aramburu— lo convirtió en guerra.

Como es notorio, el 8 de julio fue detenido el cura Alberto Fernando Carbone, del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, a quien doce días después la Policía Federal acusó de tener en su poder la máquina de escribir que los raptadores de Aramburu utilizaron para sus comunicados, amén de documentación cuyo contenido no se reveló. Pese a que la Justicia no ha dictado fallo, ese arresto bastó para que muchos católicos —o que se dicen tales— agravaran a Carbone y a quienes comparten sus ideas. La presunta vinculación de algunos laicos en el criminal episodio agravó la ofensiva.

Un vespertino, *La Razón*, desata públicamente esta campaña donde se emplearon todas las artes, menos la prudencia, donde hasta el nombre del Arzobispo Coadjutor de Buenos Aires, monseñor Juan Carlos Aramburu, fue mezclado ignominiosamente (ver N° 46). Al idioma vigoroso aunque exento de personalizaciones y de ataques a la Iglesia y sus ministros, que caracteriza al Movimiento del Tercer Mundo, se opuso una serie de textos que en ciertos casos lindaron con la denuncia policial.

Se especulaba, en fin, con la asamblea de la Comisión Permanente del Episcopado, que el 4-6 de agosto debía fijar los temas para la reunión plenaria de los Obispos (20-28 de octubre): extraer a la Comisión una condena al Tercer Mundo era el objetivo. Hasta se llegó a suponer que el Presidente Levingston había llamado a su despacho a la Comisión Ejecutiva para solicitarle medidas punitivas; en verdad, los encuentros con el Presidente son tradicionales, y la audiencia fue solicitada por el organismo con antelación.

Pues bien: los tres dignatarios que visitaron al general Levingston son los mismos que el 10 de junio, tras la caída de Onganía, advirtieron en una homilía: "La paz social no es simple ausencia de violencia y derramamiento de

sangre. La opresión ejercida por los grupos de poder puede dar la impresión de mantener la paz y el orden, pero en realidad no es sino germen de rebeldía. La paz sólo se obtiene creando un orden nuevo, que comporta una justicia más perfecta. De lo contrario no debe extrañarnos la violencia". Parece difícil que la Comisión Permanente lance el anatema contra quienes postulan las mismas soluciones.

### FUEGOS CRUZADOS

El alud de declaraciones —se conocieron veinte en una semana— empezó el domingo 2, Día del Niño, aunque no todas respiraron inocencia. *La Prensa* y *La Nación* abren el fuego con sendos manifiestos de sacerdotes y laicos.

El primero de ellos, al que adhieren unos 400 ministros de Dios —encabezados por el monseñor Enrique La-

tes [...]; que quiere con empeño la elevación material y espiritual de los hombres, clases y pueblos pobres, pero por caminos diversos en absoluto a los de Marx, Lenin, el «Che» o Mao".

"Y ojalá... que pronto se discierna la verdadera Iglesia de la que no lo es", expresan. "Hubiéramos deseado no tener que hablar mal de nadie, ni siquiera indirectamente. Pero la necesidad tienen cara de hereje [sic]".

El comunicado de los laicos, entre cuyos socios figura el almirante (RE) Isaac Francisco Rojas, es más severo al condenar a "ciertos miembros del Movimiento [que] han hecho de la violencia y del colectivismo marxista la base de su acción destructiva". También ellos recuerdan el asesinato de Aramburu, en el cual "han sido sindicados por participación, en mayor o menor grado, un sacerdote y laicos



La Comisión Permanente en funciones: "Crear un orden nuevo".

vagnino, párroco de San Cristóbal—, arranca del asesinato de Aramburu para fustigar a los curas del Tercer Mundo, a quienes acusa de "hacer la apología del crimen", de empeñarse "en cambiar la imagen de la Iglesia, del cristianismo y aun del mismo Jesucristo". Quieren —supone— una Iglesia "volcada sólo en la promoción del hombre", una Iglesia "temporalista, materialista y también democratista, en cuanto imaginan al pueblo como sujeto de todo poder".

Dentro de esta tendencia, hay "otro tipo peor de sacerdotes": los que se "hallan embarcados al servicio del marxismo"; atizan la lucha de clases, y justifican cualquier medio para librarla: "El pillaje, el robo, el asalto, el secuestro, el crimen, la lucha sangrienta, el caos"; "ensalzan a La Habana, Pekín y Moscú, y admiran a Marx, Lenin, Mao, el «Che», Fidel Castro, Camilo Torres". Los firmantes "pertenecen a aquella gran parte de la Iglesia que adhiere al Concilio Euménico Vaticano II, pero también a todos los preceden-

católicos". ¿Qué metas persiguen? "Rechazamos la exaltación de la violencia, que ciertos grupos de sacerdotes llamados católicos vienen realizando desde hace tiempo y que comienza a producir sus siniestros frutos de subversión extremista, por ser totalmente contraria a la doctrina cristiana y a las más caras tradiciones de nuestro país."

Solicitan a los Obispos "que alejen de las filas del Clero a esos falsos profetas" y que se aclare "definitivamente [...] la posición de la Jerarquía eclesiástica argentina [frente al Movimiento], de donde han surgido, por desgracia, tantos apóstoles de la violencia y hasta posibles delincuentes".

Otro manido de 58 laicos, presididos por Horacio D. Aguiar, sostuvo: "El estado totalitario propiciado por esos sacerdotes y sus jóvenes secuaces será, como todos los que se erigieron en el transcurso de la historia, hijo del terror y de la violencia". El atentado contra Aramburu sería fruto de esa violencia. El Movimiento de Afirmación del Ma-

gisterio de la Iglesia, convencido de que "el país está en crisis y que lo mismo parece suceder en la Iglesia", señala a los "jóvenes que se creen inspirados en el Evangelio, pero que responden a un esquema de neto cuño marxista".

Ya en la ultraderecha, un Movimiento de las Juventudes Católicas de Rosario no sólo atacó a los tercermundistas: culpa de su actividad a la Jerarquía, al "nefasto Vaticano II, Medellín, la *Populorum Progressio* y Pablo VI. Según estos mozalbetes, la Santa Sede, a través de la Compañía de Jesús, propugna la "teología de la violencia" en América latina; a ella responderían los asesinatos de Vandor y Aramburu, el *cordobazo*, la sublevación de la Policía rosarina y los incidentes "guerrilleros" de La Calera y Garín.

En cambio, un vasto núcleo de alumnos del Seminario cordobés difundió, la semana pasada, una nota de respaldo a los tercermundistas: "Morir por el pueblo es la máxima opción del cristiano y justamente el anuncio sin hipocresía del Evangelio". Este documento fue, sin duda, el que con más cuidado debieron de examinar los miembros de la Comisión Permanente del Episcopado: es notorio el descenso en las cifras de inscripción de los Seminarios, así como el éxodo de sacerdotes.

En Catamarca, un grupo de curas respaldaba al padre Carbone: "La Justicia no se ha expedido y aun en ese caso el cristiano debe perdonar y no condenar". En Rosario, quince de los treinta sacerdotes, que en 1969 renunciaron a sus cargos eclesiales —entre ellos Armando Amirati, que fue relevado en Cañada de Gómez contra la voluntad de los fieles, a quienes maltrató la Policía—, ampararon a los tercermundistas: no se inspiran en el marxismo, no forman un partido político ni un grupo revolucionario que intenta la toma del

poder, no propician el caos ni la violencia: denuncian el caos y la violencia que ya existen en el país.

Imitaron esta actitud la Comisión Nacional del Movimiento Familiar Cristiano, la Comisión Arquidiocesana del MFC, y la Comisión Popular de Apoyo a los Sacerdotes del Tercer Mundo, que el jueves 5 celebró un acto en el Sindicato de Obreros y Empleados Telefónicos. Por su parte, la Junta Coordinadora Arquidiocesana de Buenos Aires de las Organizaciones de Apostolado Seglar (21 entidades) publicó su adhesión a Monseñor Aramburu, a quien "acompañamos en la búsqueda del nuevo rostro que la Iglesia exige para los tiempos nuevos".

Ese tono moderado, digno de elogio, cristiano, impera en un manifiesto de 105 laicos —que encabeza Carlos Coppini—, donde a la solidaridad hacia los tercermundistas añaden "su inquietud por mantener algo tan esencial como es la unidad de la Iglesia". Los Movimientos Social Cristiano, Humanista de Derecho e Independiente Facultad, en una "Carta de la juventud a nuestros pastores", advierten que la actual "campana de desprestigio contra la Iglesia y contra la institución del sacerdocio", "persigue ni más ni menos que la división total, radical e inconciliable de la Iglesia argentina".

De eso se trata, en verdad. Y quienes hagan el juego a este designio ponen en peligro a la misma Iglesia, dibujan el horizonte del cisma. Es posible que los sacerdotes del Tercer Mundo —que fundaron su Movimiento a fines de 1967, cuando adhirieron al célebre manifiesto de los 18 Obispos, con 270 firmas— vayan en camino de formar un nuevo clericalismo, tan pernicioso como el antiguo; es posible que, en muchas ocasiones, divaguen sobre temas que no estudiaron (economía, política) y desmboquen en la demagogia.

Sin embargo, su prédica no es arbitraria ni disolvente: se basa en documentos papales, en las actas de Medellín (agosto-setiembre, 1968), en la Declaración del Episcopado Argentino (San Miguel, abril de 1969), en los ensayos y descubrimientos de la Teología moderna. Los textos de San Miguel, que suscriben todos los Obispos del país, comenzando por el Cardenal Antonio Caggiano, reclaman especial atención: su lenguaje, sus proposiciones, son tan avanzados que sorprenden a quien los lea por primera vez. Si se culpa a los sacerdotes que allí beben sus ideas, habrá que culpar a la Jerarquía.

La Jerarquía tiene, por delante, una ardua labor; la Comisión Permanente (15 dignatarios), luego de sus reunio-

nes del martes, miércoles y jueves, anunció para esta semana la emisión de un documento dirigido al "pueblo de Dios". Tres de sus miembros, que integran la Comisión Ejecutiva del Episcopado (los monseñores Adolfo Tortolo, Arzobispo de Paraná; Raúl Primatesta, de Córdoba, y Antonio Plaza, de La Plata) fueron recibidos en la tarde del miércoles por el Presidente Levingston, y los Ministros McLoughlin y de Pablo Pardo: la conversación, cuyo temario se ignora, duró dos horas.

—¿Llegaron a alguna conclusión? —preguntaron los periodistas.

—A ninguna. Lo que es de nuestra incumbencia es de nuestra incumbencia, y lo que es de incumbencia del Gobierno, es del Gobierno —dijo Tortolo.

Nada más perogrullesco y nada más cierto. La Jerarquía, que en el último lustro ha dado pasos significativos hacia la renovación de la Iglesia argentina —como sucede en todo el orbe católico—, no sólo debe preservar la unidad de los fieles y los sacerdotes desoyendo las algaradas banderizas y las presiones de quienes olvidan que esta institución tiene casi dos milenios y no obedece a clases sociales, fuerza política o Estados: debe establecer que misión cabe a la Iglesia. En tal sentido es aceptable la discusión, el cambio de ideas, siempre que se atengan al conocimiento del Magisterio y siempre que busquen el fortalecimiento de la propia Iglesia y el ejercicio de la F.

Es una lástima que uno y otro sector aún no hayan soltado una sola palabra acerca de la guerra que los protestantes llevan contra la minoría católica e Irlanda del Norte. Allí, el Pueblo y Dios estrecha filas para defender el credo, su derecho a vivir —aun a costa de la vida misma—; allí no hay divisiones, pese a que el enemigo las incl. Los fieles y los sacerdotes argentinos



Tórtolo: A Dios lo que es de Dios.



Rojas: Apóstol de la no violencia.

el contrario, hay que hablar, porque como nos recuerda el Concilio Vaticano II: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo, de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo".

Nosotros nos sentimos discípulos de Cristo; más aún, empleamos nuestro tiempo en el ministerio sacerdotal: ¿cómo no vamos a hablar? Vemos con nuestros ojos que amplios sectores del país sufren explotación e injusticia, se les esconde o distorsiona la verdad, se les persigue y aplasta cuando exigen sus derechos. Nos sentimos entonces desafiados en nuestra fe iluminada por el Evangelio y el Concilio. Por otra parte, día a día los medios de represión dejan



Vernazza: Las dos túnicas.

al pueblo menos posibilidades de hacer oír su voz y su protesta: Tucumán, Noreste, Córdoba...

Tratamos de hablar siempre que un hombre es injustamente atropellado, si no puede vivir íntegramente su dignidad de hombre y de hijo de Dios. Pero para hablar hay que estar dispuestos a actuar. Por eso los Obispos en Medellín dijeron: "No ha dejado de ser ésta la hora de la palabra, pero se ha tornado ya, con dramática urgencia, la hora de la acción [...]. Por su propia vocación, América intentará su liberación a costa de cualquier sacrificio".

*Algunos ciudadanos que se llaman católicos afirman que la prédica del Movimiento está en abierta contradicción con la Iglesia. ¿Qué piensan ustedes?*

Constituímos un Movimiento sacerdotal, y por lo tanto cristiano. Somos párroco, capellanes, profesores, vicarios, asesores, que consagramos nuestro tiempo a lo que se nos ha encomendado. Ello implica una voluntad inquebrantable de pertenencia a la Iglesia Católica, Pue-

blo de Dios, según la define el Concilio Vaticano II. Tenemos fe y lo subrayamos, en que la pertenencia a la Iglesia Católica en la Argentina no ha de constituir un obstáculo sino un impulso para nuestro aporte sacerdotal y cristiano en el proceso revolucionario que se impone. Por eso no queremos otra Iglesia.

*También se afirma que están en contra de la doctrina social de la Iglesia.*

No basta con decirlo, hay que mostrar que lo estamos. Es verdad que hoy no insistimos en conceptos de documentos de otros siglos o de la primera mitad del actual. Pero nadie ha de olvidar que Cristo encomendó su Doctrina a un Magisterio viviente, de modo que su Verdad no pierda fuerza y vigencia a lo largo de los siglos. Por eso hay que escuchar con atención las enseñanzas del Papa y de los Obispos de hoy, sin olvidar que la doctrina de la Iglesia se reactualiza constantemente, al ritmo de la evolución de la Historia. Antes de Juan XXIII y Pablo VI nadie se refirió a la propiedad privada como ellos lo hicieron.

¿Nos acusan de predicar contra la Doctrina de la Iglesia porque proponemos la "socialización de los medios de producción", porque exigimos liberarnos del "imperialismo del dinero", porque pedimos "distribución justa de los bienes", porque denunciemos el "colonialismo interno y externo en que está sumida nuestra patria y el continente"? En ese caso, pedimos a esas personas que lean *Populorum Progressio* y los documentos de Medellín, donde figuran aquellas expresiones. No olvidemos, en fin, lo que crudamente dicen los Obispos refiriéndose a Latinoamérica: "No es raro constatar que grupos o sectores, con excepción de algunas minorías lúcidas, califiquen de acción subversiva todo intento de cambiar un sistema social que favorece la permanencia de sus privilegios" (Doc. sobre Paz, 4).

*¿Qué juicio les merecen las acusaciones de un sector del clero de Buenos Aires y de los grupos de laicos?*

No imaginamos tener "toda la verdad"; más aún, en nuestra posición partimos de la base de un pluralismo en la sociedad y dentro de la Iglesia. No se trata de que todos pensemos igual. Pero a juzgar por el contenido de las acusaciones, debemos reconocer que provienen, ante todo, de sectores que no han sabido asimilar el cambio señalado por el Concilio, Juan XXIII, Pablo VI. Los Obispos en Medellín y nuestros prelados en San Miguel. Muchos de ellos, además, quizá viven a espaldas del país real y buscan conservar sus privilegios o tranquilizar sus conciencias con fundamentos seudoespirituales o teológicos. (